

DESPUÉS DE LA LLUVIA

El último día que vi a mi madre tocar el piano estaba lloviendo. O, al menos, es así como lo recuerdo. Era temprano, demasiado temprano. Habíamos recogido nuestras pocas pertenencias a toda prisa y salido del refugio para visitar nuestro piso una última vez. Nuestro edificio se mantenía en pie a duras penas. En aquel momento, yo me imaginaba que los grandes boquetes llenos de escombros que ahora ocupaban una parte significativa de la fachada, los había hecho un robot gigante como los que salen en las películas. Seguí con esta fantasía en mi cabeza mientras subíamos las escaleras. Aún me duró cuando tuvimos que escalar algunos tramos donde la estructura de los peldaños había cedido. Pero ni mi imaginación fue capaz de crear una excusa para explicar lo que me encontré al cruzar el umbral de la puerta de mi casa. Había polvo, mucho polvo. Cubría todas las superficies y daba la ilusión de envolver todo en una niebla sucia y artificial. La pared del salón que daba a la calle ya no estaba. El suelo se había derrumbado y se podía ver la casa de los vecinos de abajo. Siempre se habían quejado del ruido que yo hacía cuando correteaba por la casa. Pero ahora apenas quedaba suelo por el que corretear. Todos los cristales estaban hechos añicos y del techo colgaban trozos de hormigón maltrechos, sujetos por barras de hierro deformado. Por un momento cruzó por mi cabeza la idea de reconstruirlo todo. Mi padre había trabajado en la obra y mi madre era muy hábil con las herramientas. Pero mis padres parecían estar más ocupados en salvar lo que quedaba, y no en intentar arreglar lo que estaba roto.

Habían recogido un par de cosas de entre los escombros. Algo de ropa, comida y mochilas. “Coged solo lo esencial”, nos habían dicho. Aparentemente, “lo esencial” no incluía mis juguetes, ni la consola que me habían regalado por Navidad.

- ¿Qué hacemos con el piano? - pregunté de pronto.

El instrumento de lustroso color negro ocupaba prácticamente toda la sala de estar contigua al salón. Milagrosamente, seguía de una pieza. Mi madre amaba la música. Tocar el piano había sido su

pasión desde niña. A mis ojos, si había algo “esencial” para ella, era aquel piano. Sonriendo de manera triste, mi madre me explicó que no podíamos llevárnoslo. Al tiempo que lo decía, no obstante, se acercó al instrumento con paso cauteloso. Con lentitud, pero con dignidad, se sentó en la banqueta y procedió a quitar el polvo de las teclas. Durante unos segundos, solo hubo silencio.

Con una respiración igual de temblorosa que sus dedos, empezó a tocar. El sonido del piano inundó la casa y salió también por el boquete del salón a la calle. La música parecía fluir a través de sus manos y recorrer cada fibra de su cuerpo. Mi madre cerró los ojos y movió su cuerpo al compás de la música. No reconocí la melodía enseguida, pero me embargó un sentimiento de nostalgia. Yo todavía no entendía mucho de música, aunque mis padres me habían metido a clases desde pequeño. Pero eso es lo bueno de la música. No hace falta saber para entender. Y yo entendí el mensaje de mi madre. Era una despedida. Sus dedos danzaban por las teclas de aquel piano una última vez.

Para entonces, yo ya lo intuía, pero para mis padres mi intuición era certeza. No íbamos a volver. Las últimas notas quedaron suspendidas en el aire y mi madre levantó el pie del pedal. El silencio que reinó después quedó tan solo roto por los sollozos de mi padre, que me apretaba con fuerza. Lo abracé de vuelta y cuando miré a mi madre vi que ella también tenía lágrimas en los ojos.

Al salir de nuestro edificio, todas las calles a nuestro alrededor presentaban una estampa parecida. Edificios destruidos, coches volcados, barricadas en las carreteras. También había gente, tendida en el suelo, inmóvil. Su piel estaba pálida y, en las pocas caras que me atreví a observar, los ojos miraban ya sin ver. Era una escena verdaderamente apocalíptica, como las de las pelis de zombis. Esa idea casi me sacó una sonrisa. En aquel momento, para mí, aquella masacre solo era concebible en el contexto de una fantasía monstruosa. Aquel día no entendí todo lo que aquello significaba. No

entendía que no hubiese zombies ni robots gigantes. Éramos los propios humanos los que habíamos causado tanta destrucción. Aún hoy día sigo sin entenderlo del todo. Lo único que sí estaba claro para mí es que había estado lloviendo. Al menos así lo llamaban mis padres: “lluvia”. Esa “lluvia” que había plagado de cráteres las calles y de boquetes los edificios. Esa “lluvia” de metal que no dejaba tras de sí más que horror y columnas de humo. Esa “lluvia” que no había dado tregua en semanas y nadie sabía cuándo iba a parar.

Mis padres me habían dicho que nos íbamos lejos durante una temporada. Yo no sabía qué era “lejos”, ni qué era “una temporada”, pero cuando les pregunté ellos tampoco supieron darme una respuesta. Cargamos lo poco que teníamos en el coche y pronto estábamos acelerando por una carretera vacía. De vez en cuando se oían fuertes explosiones y mis padres miraban a su alrededor preocupados. Cuando pusimos la radio, una voz metálica empezó a dar cifras de muertos, detalles de ataques, de bombardeos y ofensivas. Mi padre giró el dial algo bruscamente y ni a mi madre ni a él, que ahora tenían la mirada clavada en el horizonte, pareció importarles que no se hubiera sintonizado ninguna cadena de radio. No pude evitar comparar la situación con el verano pasado. Mis padres y yo en el coche, las ventanas abiertas, los tres cantando a pleno pulmón la canción que salía a todo volumen por los altavoces. Pero hoy reinaba un silencio incómodo, el zumbido de las interferencias y un frío que parecía emanar del interior del coche. Sin nada más que hacer, miré por la ventana. El sol empezaba a repuntar y cubría todo el paisaje con un manto de oro líquido. Los campos de cultivo, los bosques, los ríos, los pueblos... Todos pasaban a gran velocidad a mi alrededor. Pasaban tan rápido que casi pude ignorar las columnas de humo claramente visibles en la distancia.

No recuerdo cuántas horas pasamos en el coche, pero eso poco importa ya. Fue un viaje aburrido, o más bien, me permití el lujo de estar aburrido debido a que no comprendía del todo la razón por la

que viajábamos. Mis padres no tuvieron la misma suerte. Estaban pálidos, rígidos y hablaban entre susurros cuando había que tomar una salida o cambiar de carretera. Mientras mi madre conducía, mi padre consultaba un mapa. Me erguí en mi asiento y vi cómo su dedo seguía una carretera que cruzaba una línea en el papel más gorda que las demás. La frontera. Ver el dedo de mi padre cruzar esa línea simbólica me impactó. Era la primera vez que salía del país y, pese a que solo se trataba de una barrera política e imaginaria, se me antojaba más sólida que cualquier otra.

Tras unas horas me desperté sin recordar haberme dormido. Por las señales de la carretera, nos encontrábamos ya muy cerca de la frontera. Había más coches a nuestro alrededor y la radio ya no sonaba. En mi somnolencia, empecé a escuchar un sonido que parecía provenir del cielo y que cada vez era más intenso. Mis padres se miraron aterrorizados y todo lo rápido que pudieron se apretujaron en los asientos de atrás conmigo. Yo estaba desorientado y no sabía qué estaba pasando. Ellos me hicieron agachar la cabeza y me abrazaron desde arriba. Durante unos segundos, todo estuvo quieto. Pero luego, sumándose al sonido del avión que sobrevolaba la zona, empecé a escuchar estruendos que hacían temblar la tierra, que cada vez sonaban más próximos. Por un segundo imaginé que el tiempo se paraba y que aquellas explosiones dejaban de acercarse a nosotros. Siempre había pensado que el superpoder de congelar el tiempo era uno de los mejores. Y pese a que contuve mi respiración durante lo que pareció una eternidad, el tiempo, desgraciadamente, siguió avanzando. Siguió avanzando mientras algo metálico y pesado caía en el asfalto en algún lugar a nuestra derecha. Siguió avanzando mientras mi padre lloraba encima de mí. Y siguió avanzando mientras mi madre hacía todo lo posible por cubrir cada centímetro de mi cuerpo diciéndome entre susurros que me quería.

La explosión recorrió todo mi cuerpo. La onda expansiva chocó contra nosotros como una pared de ladrillos. Nuestro coche se levantó del suelo y por un momento pareció que flotábamos. No sé cuantas vueltas de campana dimos, pero cuando todo se quedó quieto, las ruedas del coche no estaban tocando el asfalto. Escuché cómo las explosiones seguían, alejándose de nosotros, y me apreté más contra mis padres. Mi respiración estaba agitada y yo temblaba violentamente. Me dolía todo el cuerpo y al intentar restregarme las lágrimas vi mis manos cubiertas de sangre. Aquella visión fue demasiado intensa y las emociones se apoderaron de mi cuerpo. No sabía si la sangre era mía o si pertenecía a alguno de mis padres. No me atreví a mirarlos. No quería siquiera pensarlo, pero no me moví ni les dije nada, por miedo a que solo fuera el silencio el que me contestase.

Quería escuchar su voz, que me dijeran que todo iba a ir bien. Quería salir de aquel coche y volver a casa. Pero nada se movía. Nadie decía nada. Y mi cuerpo siguió temblando al ritmo de las explosiones.

La cobardía de no comprobar si mis padres estaban bien solo me hizo sentir peor y cada vez me era más difícil ahogar mis sollozos. De repente, algo se movió a mi izquierda y mi madre volvió en sí. Pese a su aturdimiento, se apresuró a consolarme y me meció en sus brazos. Tras asegurarse de que yo estaba bien, sacudió a mi padre firmemente. No respondió. Y durante unos angustiosos segundos únicamente hubo silencio. Mi madre siguió sacudiendo algo más desesperada y, lentamente, mi padre abrió los ojos.

Años más tarde les confesé, entre lágrimas de vergüenza, que mi miedo ante la posibilidad de que hubieran muerto me impidió comprobar si seguían vivos. Le pregunté a mi madre cómo era posible que no hubiera tenido ese mismo miedo. Me confesó que aquel era el momento en el que más asustada había estado en toda su vida. Pero se obligó a sí misma a despertar a mi padre, porque

sabía que, si no despertaba, la angustia habría podido con ella y aún seguiríamos los tres dentro de ese coche.

Excepto unas pocas heridas, todos nos encontrábamos relativamente bien. Mi padre era el que había salido peor parado y tenía una herida en la cabeza de la que manaba sangre, pero no parecía demasiado grave. Nos desabrochamos lo que quedaba de los cinturones y nos arrastramos como pudimos entre los cristales rotos de las ventanas. Cuando salimos del coche tardé unos segundos en procesar lo que estaba viendo. Las nubes de polvo levantadas por las explosiones se mezclaban con las columnas de humo que salían de los coches. La carretera estaba cubierta de cristales rotos y partes de automóvil esparcidas por el pavimento. El sonido de la alarma de los coches y el de las llamas consumiéndose las carrocerías era ensordecedor. Pero lo peor eran los gritos, desgarrados y desesperados. A mi alrededor la gente corría, se arrastraba y chillaba angustiada. Mis oídos seguían sensibles por la explosión y el ruido a mi alrededor me estaba dando dolor de cabeza. Deseé que todo aquello acabara y que todo el mundo se callara. Deseé que se hiciera el silencio.

Pero entre todo el pánico, un sonido se me hizo más claro que el resto. Cerca de mí, una mujer lloraba desconsolada. No era un llanto de dolor, ni miedo, sino de tristeza y derrota. Cada vez que yo lloraba, mis padres siempre venían a abrazarme y calmarme. Hacía unos minutos, en el coche, mis padres habían estado ahí para mí también. Pero aquella mujer estaba sola. Pensé, que tan solo era justo que yo hiciese lo mismo con ella. Me acerqué y por fin vi la causa de su llanto. Su marido yacía tendido sobre el asfalto. Había sangre por todas partes y le faltaba una parte bastante significativa del cráneo. Era mi primera vez viendo un cadáver de cerca y es una imagen que no se me borrará nunca de la cabeza. Ante la horrible escena, me protegí detrás de un muro de apatía e insensibilidad. Muro que décadas más tarde aún sigo luchando por romper. Me arrodillé junto a la mujer y, sin saber muy bien lo que hacía, la abracé como tantas veces habían hecho mis padres

conmigo. Tras quedarse rígida unos segundos, la mujer me abrazó de vuelta y sus sollozos se redujeron un poco. No sé cuanto tiempo estuvimos así.

Finalmente, mis padres y yo nos levantamos. La mujer no. La decisión de quedarse o continuar era suya. Ella estaba completamente quieta y miraba a su marido sin enfocarle. Lentamente, se arrancó el anillo de su anular derecho y, sin decir una palabra más, se levantó y nos siguió. Avanzamos por la carretera, empezamos a caminar juntos a pie hacia la frontera.

No quedaba muy lejos, apenas unas decenas de kilómetros. Pero la distancia que hubo que recorrer no fue lo más duro. Lo más duro fue el silencio. No cantaban los pájaros, ya no rugían las llamas y los gritos se habían apagado. Noté el escozor de las lágrimas en mis ojos, pues me sentía culpable. Culpable de haber deseado que existiera silencio antes en la carretera. Ahora entendía que el silencio no era más que la banda sonora de la muerte. Los gritos, el caos... habían sido el preludeo antes de que esta empezase a tocar. La autopista estaba en silencio. Los cuerpos tendidos entre los coches estaban en silencio. Incluso la mujer que nos acompañaba estaba en silencio. La muerte había puesto sus manos sobre las teclas. Y todo el mundo sabe que, una vez empezando el concierto, no se puede interrumpir. Así que, en silencio, seguimos caminando.

Para cuando llegamos a los edificios de admisión en la frontera, mis piernas apenas podían sostenerme en pie. Había caído la noche. Mi cuerpo tiritaba violentamente mientras esperábamos, durante horas, a las puertas del país vecino. Las temperaturas cada vez eran más bajas y mis padres, la mujer y yo nos abrazamos para tratar de mantener el calor. Mi visión estaba algo borrosa, pero logré a discernir un número negativo de dos cifras en un termómetro en la distancia.

Cuando por fin cruzamos la frontera y llegamos al campamento improvisado de refugiados al otro lado, nos vimos rodeados de gente con comida, ropa y abrigo. Se nos acercó un hombre con las mejillas y la nariz sonrosadas por el frío y con una sonrisa cansada. Llevaba un chaleco rojo, con una cruz. Mis padres trataron de entablar una conversación, pero no hablaba nuestro idioma. Aunque no hizo falta, todos entendíamos que estaba aquí para ayudar. Nos guió hasta una hoguera próxima y nos dio algo caliente de beber y de comer. Antes de que se fuera, mis padres le dieron un abrazo y las gracias. Creo, por las lágrimas en sus ojos, que comprendió el mensaje. Me pregunté qué podía mover a una persona para estar a aquellas horas de la noche ayudando a gente que no conocía. Observé a aquel chico acercarse a un nuevo grupo de gente y guiarlos hacia el puesto de comida. No paró a descansar en toda la noche. Y dio igual el frío, la nieve o la ventisca. Nada borró esa sonrisa reconfortante que dirigía a todo aquel que se le acercaba.

Tras aquel día, comencé una nueva vida. Nos movimos a otro país, con otra cultura y otro idioma. La mujer con la que habíamos compartido la mitad del camino pasó a ser parte de nuestra familia. Se llama Yaryna y había sido una enfermera antes de huir del país. En tan solo unos años recuperó la capacidad de sonreír, conversar y reírse. Aunque algunas noches la veo llorar, pero sus lágrimas caen en silencio y no hay nada que se pueda hacer para devolver el sonido a su llanto. Mis padres y ella encontraron trabajo al poco de mudarnos y desde entonces no nos ha ido mal. Tenemos mucha suerte.

Con mi primer sueldo empecé a dar clases de piano. Mi madre no ha vuelto a poner un dedo sobre las teclas desde que dejamos nuestra antigua casa y eso deja nuestra nueva casa en silencio. Un silencio que yo no puedo soportar. Así que me inscribí en una escuela de música cerca de mi casa y empecé a tocar. Doy conciertos allí también. La peor parte es cuando subo al escenario. Antes de que toque la primera nota, todo se queda en silencio. Miro al público y lo único que veo son caras

inmóviles, con ojos casi vidriosos, que me recuerdan a una situación muy distinta. Así que toco, para llenar ese silencio. Y, al acabar las piezas, el sonido ensordecedor de los aplausos lo llena todo. Y todas y cada una de las veces me sorprende al descubrir que estoy llorando.

Ahorrando, compré mi primer piano propio. Lo dejé en el salón de nuestra nueva casa y esperé a que los demás llegasen. En cuanto mi madre entró y me vio, quedó paralizada en el hueco de la puerta y las bolsas que sujetaba cayeron bruscamente al suelo. Mi padre y Yaryna nos miraban. Como en cualquier concierto, todo quedó en silencio. Con una respiración igual de temblorosa que mis dedos, empecé a tocar. El sonido del piano inundó la casa y salió también por las ventanas del salón a la calle. La música parecía fluir a través de mis manos y recorrer cada fibra de mi cuerpo. Cerré los ojos y moví mi cuerpo al compás de la música. No abrí los ojos para mirar a mi madre mientras tocaba. No estaba seguro de querer ver su reacción.

De repente, sentí cómo la baqueta se hundía un poco a mi lado y vi las manos de mi madre sobre las teclas. Durante unos segundos las dejó ahí, inmóviles. Pero después empezó a tocar, acompañándome, y durante unos minutos no existió nada más. Solo la música. Cuando acabamos no hubo aplausos. El abrazo de mi madre fue suficiente para llenar cualquier vacío que la crueldad del mundo hubiera dejado dentro de mí.

Aquella tarde, por debajo de la melodía que estaba tocando mi madre en el salón, me di cuenta de que se escuchaba un constante repiqueteo contra las ventanas de salón. Había empezado a llover. Me acerqué cauteloso a la ventana. Observé cómo los niños correteaban en la terraza de abajo para ponerse a cubierto. Alcé la mirada al tiempo que un trueno retumbaba. Mi pulso se aceleró y mi visión se redujo a un túnel. Había estado un par de semanas sin sufrir un ataque de estos. Durante

unos segundos escuché gritos, olí humo, sentí un dolor punzante en mi cabeza y mi cuerpo se estremeció. Aterrado, cerré los ojos y respiré hondo.

Nada de eso podía hacerme daño ahora.

Lentamente, volví a abrir los ojos y, cuando mi vista se aclaró, del cielo ya no caían bombas. Solo caía agua. Y, por primera vez en muchos años, tuve la certeza de que algún día las únicas lluvias de las que nos tendríamos que preocupar en el mundo serían las de agua.